

LA ARCILLA

Origen de la mentalidad ideológica

Supongamos, a título hipotético, que el mundo es un caos y el único orden posible aquél que imponemos a las cosas mediante la activa solicitud del trabajo. En este supuesto caso el conocimiento será por la disposición natural de la potencia noemática, un esquema para obrar sobre la realidad, una suerte de esbozo de la acción por cumplir.

Marx trata de desarrollar una idea de esta especie en sus reflexiones sobre la ideología alemana, Kant-Hegel, y esto lo llevó a concebir el papel del pensamiento burgués como una suerte de introducción a la acción revolucionaria que pondría el mundo en las manos del hombre social en cuanto se hubiere superado la etapa enajenante del capitalismo individualista.

En esta visión laboral (poética) de la vida humana tal como fue concebida por la burguesía al asumir la dirección del proceso cultural, desaparece la idea del universo como «sacramentum», como signo sensible de la inteligencia divina, para quedar reducido a un campo de trabajo donde el hombre, comunitariamente organizado, construye su morada. No hay teoría porque no se puede contemplar ni comprender el mensaje de Dios inscripto en las cosas. Tampoco hay praxis en el sentido clásico del término porque no existe una naturaleza humana apta para ser ordenada según disposiciones esenciales creadas por Dios. Queda la acción poética que el hombre ejerce sobre la materia y con ella, la capacidad para formular una interpretación reflexiva sobre su faena en el mundo.

¿Por qué se llamó filosófica a esta faena intelectual tan distante en sus propósitos como en sus consecuencias de aquélla que elaboraron los griegos en su búsqueda del centro divino? Tal vez por una

razón semejante a esas otras que nos llevaron a dar nombres griegos a situaciones sociales que muy poco tenían que ver con sus homónimas de la Hélade. ¿Por qué hemos llamado *democracia* a un fenómeno político tan diferente de ése que permitió a los griegos acuñar la palabra?

En la historia de nuestra civilización pesó siempre el sortilegio de la Hélade y en cada encrucijada del camino hemos vuelto los ojos buscando en el ejemplo helénico el paradigma tranquilizador sin parar mientes en las diferencias.

La filosofía griega es un caso único en la historia de la humanidad y esencialmente fue acuñada por las exigencias de una actitud teórica y contemplativa. Supuso desde su punto de partida un universo de esencias con su fundamento inteligible en el *logos* divino. Esta visión, si así puede llamarse, los griegos la recibieron de su tradición religiosa y si tomamos con seriedad su propia versión, de los dioses mismos.

Los modernos, sin pretender un examen minucioso de un itinerario intelectual que cualquier historia de la filosofía europea puede darnos, invirtieron esta relación y trataron de hallar el fundamento de los esquemas inteligibles en la propia actividad cognoscitiva, como si estuvieran impulsados por la naturaleza activista de su temperamento.

El primer principio de esta nueva modalidad epistemológica a la que llamamos ideología, se impone como una consecuencia inmediata de la importancia determinante que adquiere el sujeto en el acto de conocer y al que se ha dado el nombre de *inmanentismo*. No interesa por ahora señalar las peripecias teológicas que prepararon este vuelco del pensamiento, ni ocuparnos de sus comienzos en la aventura cartesiana. Todos los caracteres de su conquistada madurez se encuentran en «*La crítica de la Razón Pura*» de Kant o en «*La Fenomenología del Espíritu*» de Hegel y posteriormente en su «*Lógica*» con matices y diferencias que no importa señalar aquí.

Lo importante es la ruptura con el orden objetivo, *teonómico*, para reemplazarlo por otro de clara estirpe antroponómica el cual, inevitablemente encontrará en el trabajo humano la verificación de

su certeza. La ley del hombre es norma de su actividad creadora sobre el mundo y sobre su propia realidad. Cuando en esta perspectiva se trate de enfrentar el conocimiento del orden social se buscará adecuarlo a las exigencias de esa actividad y no a la de una supuesta naturaleza humana llevada a organizar su convivencia de acuerdo con la impulsión metafísica de su orientación teonómica.

Todos los esfuerzos realizados por los pensadores católicos para conciliar el punto de partida inmanentista con la postura tradicional del realismo clásico, han sido completamente estériles y siempre se han estrellado contra la clausura en el seno de la conciencia. El inmanentismo necesita, inevitablemente, si quiere mantener en la voluntad humana una esperanza histórica estar reforzado con los principios de la *evolución* y el *progreso*, es decir, por la doble noción de un cambio permanente que conduce la humanidad a una constante superación de sus propias puestas gracias al trabajo transformador que lleva sobre el mundo y su propia realidad. Hay *evolución* porque la labor del hombre es acumulativa, pero como al mismo tiempo tropieza siempre con dificultades que provocan retrocesos, conviene que esa evolución sea también fatalmente progresiva, porque de otro modo la vida humana se estancaría en una situación de demora y en una tozuda adhesión a formas sociales perimidas.

Los principios de *evolución* y *progreso* dan razón del movimiento revolucionario en la sociedad y tienen la virtud de convertir los aparentes retrocesos de la historia en situaciones inevitables para que se produzcan con más fuerza los adelantos posteriores.

Si se contempla el curso histórico del hombre desde la perspectiva tradicionalista, se observa como pérdida irreparable, el eclipse de los principios metafísicos y teológicos que importan para su salud espiritual. En este sentido muy preciso, la visión que propuso Augusto Comte con su «*Ley de los tres estados*» coincide con la visión tradicional, aunque sus valoraciones sean totalmente contrarias. Allí donde el hombre moderno tiene la impresión de avanzar, el cristiano tiene la seguridad de un terrible retroceso provocado por la irreparable pérdida del conocimiento teológico.

Si Dios, desde su eternidad, ha manifestado al hombre cuáles son sus intenciones con respecto a su destino eterno, existen verdades que escapando al flujo del tiempo se instalan definitivamente en la vida humana y la obligan a superar el condicionamiento de la época y dar una respuesta a la solicitud de Dios capaz de colocar al hombre mismo sobre el tiempo que pasa.

Con el evidente propósito de quebrar la fe en las verdades propuestas por la Iglesia Católica, la ideología propone la idea que no existen certezas que puedan escapar a las determinaciones impuestas por la historia. La propia palabra de Dios se hace oír en un tiempo perfectamente condicionado por una situación cultural determinada. A este hecho que coloca el mensaje divino en un tiempo y un lugar irreiterables, hay que sumar las categorías nacionales provenientes de un idioma en el que se hace escuchar el profeta y que valen únicamente para el público al que fueron dirigidas en esa particular situación.

El *historicismo* se ha encargado de meter la historia en el proceso de la revelación y ha convertido la palabra divina en un fenómeno totalmente dependiente de las exigencias existenciales del tiempo. No hay verdades eternas pero sí situaciones que jalonan las diversas etapas del progreso y denuncian la pérdida de la sacralidad como la necesaria conquista de una secularización inevitable.

La tradición enseñó que un auténtico progreso, en el sentido religioso del término, es siempre personal. Nadie alcanza una plenitud o una perfección cualquiera si no se esfuerza en conseguirla mediante la asunción responsable de sus obligaciones espirituales. La misma Gracia santificante opera su faena transfiguradora con la ayuda meritoria de las virtudes naturales y sólo medra en un terreno que sabe acogerla para hacerla fructificar. Para que la revolución ideológica cumpliera su cometido en la destrucción sistemática de todos los valores teonómicos, había que convencer a los hombres que el verdadero progreso era resultado de una conquista a nivel de masas, de colectividades, no de personas. De este modo se disuelven todas las excelencias y al abandonarnos a los impulsos del hombre genérico perdemos para siempre la posibilidad de libramos del error, del pe-

cado y de la miseria en esa sociedad de personas, en el sentido más cabal del término, que es la Iglesia Triunfante.

Para evitar las confusiones que provoca el uso equívoco de ciertos términos conviene precisar con alguna nitidez las necesarias distinciones. Sabemos perfectamente que la insistencia de una publicidad mentirosa hace cada día más difícil la faena de hablar con veracidad a los drogadictos de las ilusiones colectivas. Todo sucede como en el mito de la caverna platónica: el que ha visto la realidad a la luz del sol inteligible, no puede convencer a los habitantes de la caverna que eso que ellos toman por verdad es apenas una sombra de las cosas que pesan y posan. Si decimos que las autoridades de un pueblo surgen naturalmente de su seno como consecuencia de una puja histórica de competencias familiares y personales, corremos el riesgo de hacernos asesinar por los que creen o aseguran creer que sólo son legítimas las autoridades brotadas de la noche a la mañana por la acción del sufragio. Esta substitución de lo que marca y señala la naturaleza social histórica de la vida en común, por el artilugio publicitario ha podido parecer a ciertos teólogos desprevenidos, religiosamente inocuas, porque no piensan que la autoridad, como manifestación de perfección y plenitud espiritual, pertenece en su ejercicio al orden de la física social y por lo tanto dependen del autor de la naturaleza y no de quienes programan los plebiscitos.

Sin lugar a dudas el cotejo de competencias que da nacimiento a las autoridades naturales de un pueblo supone una lenta formación de jerarquías, clases y prioridades fundadas en la diversidad y desigualdad existencial en el desarrollo de las aptitudes individuales. Naturalmente todo hombre tiende a reconocer la capacidad que tiene otro para desempeñarse en determinadas tareas. ¿En qué momento de la historia de un pueblo nace, contra esas desigualdades, una envidia sistemática, metódica y prolijamente organizada? Sería muy ingenuo, y un cristiano no puede permitirse tales inocencias, suponer que la envidia contra el superior natural es un fenómeno moderno o exclusivamente revolucionario. Forma parte de la naturaleza caída y se dio en todas las latitudes bajo el sol desde que el hombre perdió

su situación edénica. No obstante podemos asegurar como algo relativamente nuevo su explotación a nivel mundial por las organizaciones revolucionarias.

En esta oportunidad, como en muchas otras, sucede que un enunciado perfectamente válido a un nivel de realidad, se lo convierte en algo falso cuando se lo traslada a otro nivel sin señalar el paso. Es perfectamente cierto que las autoridades naturales de un pueblo nacen de su seno y no son otra cosa que el mismo pueblo jerárquicamente constituido en el curso de su historia, pero es cabalmente erróneo suponer que la promoción de tales dignidades deba estar supeditada a un sufragio donde se imponga el número de los menos cualificados y mucho menos después de una publicidad litigiosa donde se haya convencido a la mayoría de la injusta proporción de esa desigualdad. ¿Quiénes llevan a buen término esa propaganda? ¿Con qué medios? ¿Con qué propósitos? Todo el proceso de la revolución aparecería en las respuestas a estas preguntas.

Previamente a todo sufragio se debe organizar la propaganda que ha de levantar los nuevos candidatos al poder social. Este modo de seleccionar la «élite» tiende a poner la dirección de los asuntos públicos en personajes de segunda fila, sin otra responsabilidad social que aquélla contraída con sus electores en el tráfigo de la querrela eleccionaria. Como no es difícil comprender los «elegidos» son parte de una minoría con excelente disposición para hacerse eco de las consignas que ha sembrado la publicidad.

Esta creencia de que las autoridades surgen de la decisión mayoritaria obtenida por sufragio se llama *democracia* y democratismo al principio que le da vida y sostén.

Como todo principio intrínsecamente falso tiene tres clases de adherentes, que por distintas razones están dispuestos a sostenerlo contra viento y marea y especialmente contra las objeciones provenientes del sentido común y de la reflexión lúcida. Hay quienes creen en él por una suerte de alucinación poética que los lleva a ver los pueblos como sendos receptáculos de ideas larvales y en donde se incoan, nunca se sabe cómo, las grandes decisiones de la historia. Están también los que se mofan de todas estas declamaciones román-

ticas, pero muy bien dispuestos a recoger los beneficios de un gobierno perdido en el anonimato, pagan a los maestros cantores y a los niños del coro, y manteniéndose en la oscuridad de los entretelones recogen los beneficios de la recaudación y dejan los aplausos para los que están en el escenario. Los carneros de Panurgo vienen en tercera fila y forman la inmensa mayoría de ese público adocenado por las consignas y que sólo piensa según los automatismos de la publicidad.

Por supuesto este somero esbozo de tipología democrática se funda en la abstracción. La realidad, como siempre, es mucho más complicada y en lugar de ofrecernos arquetipos de fijeza incommovible nos ofrece la confusión de una fauna muy mezclada e insegura.

Con el *democratismo* hemos señalado el quinto principio que opera en la formación de la ideología y reemplaza los antiguos principios que la razón natural había extraído de la experiencia para fundar su sabiduría. Estos cinco principios aplicados a las diferentes actividades del espíritu provocan en cada una de ellas deformaciones que traen, como lógica consecuencia, una ciencia al servicio del sometimiento, un arte subordinado a la propaganda, una economía que somete el espíritu al vientre y el vientre al poder que reparte los bienes materiales. A la política le ha sido concedida la potestad de dirigir este proceso mediante una dosificada distribución del garrote y la zanahoria.

Cuando son aplicados al saber teológico estos cinco principios obran con singular violencia destructiva: el *inmanentismo* cerrará para siempre la posibilidad de un encuentro real del conocimiento con el ser. Convertirá la fe objetiva propuesta por la Iglesia Católica en fe subjetiva y en adhesión sentimental a usos y costumbres cristianas sin percibir seriamente el valor real de la revelación hecha por Dios en Cristo Salvador.

El *evolucionismo* convertirá la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo en una sociedad de derecho natural sometida al flujo del tiempo y atenta a modificar el elenco de sus dogmas para adecuarlos a las exigencias ideológicas del momento.

El *historicismo* hará depender las proposiciones dogmáticas del nivel cultural alcanzado en las distintas épocas históricas y desviará el conocimiento dogmático hacia supuestas necesidades de orden pastoral propuestas por los augures del momento. La historia, en esta versión se ha convertido en una suerte de entidad mítica y a través de ella habla el inconsciente colectivo para reemplazar la Palabra de Dios.

El *progresismo* permite creer en el valor perfectivo de este proceso y aunque nunca muestra la salida capaz de justificar el optimismo de que hace gala, enciende perspectivas ilusorias.

El *democratismo*, en cuanto llegue, romperá el orden de las prelacías y destruirá, en el seno de la sociedad eclesiástica, tanto las jerarquías de jurisdicción como aquéllas de dignidad, reemplazándolas por cuerpos colectivos, anónimos e impersonales, donde sólo se esuche el canto de las sirenas populares.